



# Más sabe el diablo por viejo

Rafael Toriz

A ESTAS ALTURAS DE LA VIDA, en las que por higiene mental y salud emocional conviene ser un escéptico conspicuo y un pesimista resignado —dado que el amor, el dinero y la nostalgia poco duran—, brillan como estrellas solitarias las poquísimas certezas que aún no nos abandonan. Y si de algo podemos estar seguros, en medio de la noche descampada, es que los libros de Rubem Fonseca resplandecen perennemente con luz propia, insuflando esperanza para los corazones destemplados. Su literatura, para fortuna de todos, es un astro que no se apaga todavía.

Por tanto, es motivo de regocijo el hecho de que el maestro, con 86 años cumplidos, entregue a la imprenta dos nuevos títulos —empaquetados para su venta en una exquisita edición preparada por la editorial brasileña Nova Fronteira,<sup>1</sup> que ha coordinado, bajo la dirección del periodista brasileño Sérgio Augusto, la publicación de sus obras completas desde el año 2009— un tomo impecable de cuentos, *Axilas y otras historias indecorosas*, y la novela memorialista *José*, de valor principalmente testimonial, que

<sup>1</sup> En un principio, cuando Fonseca abandonó la Companhia das Letras, su novela *El seminarista* fue publicada por la editorial Agir; luego apareció la totalidad de su obra en la editorial Nova Fronteira. Ambas pertenecen al grupo Ediouro Publicaciones.





cuenta la historia de un joven mineiro en el camino de convertirse en escritor.

Y quiero insistir en las maravillas de la literatura, que hace de los viejos espíritus jóvenes y de los párvulos curtidos veteranos: es precisamente en ese lugar proteico y espeso que llamamos lenguaje en donde es posible comunicar con la diferencia, viajando en el tiempo y comunicando voluntades.

No de otra manera se explica que un anciano lucidísimo siga escribiendo una de las obras narrativas más vigorosas y potentes de las últimas décadas.

### Lecciones de un viejo cabrón

*Soy escritor, y los escritores son todos (con excepciones fulgurantes) unos desarrapados*  
R.F.

Podrían enlistarse varias cualidades —y también algunos trucos conocidos— pero si algo sigue caracterizando a las historias del hijo adoptivo de Río de Janeiro es la tensión narrativa, un suspenso que descansa en el manejo ágil del lenguaje, preciso y contundente, logrando con una prosa descarnada una oralidad estupenda en la que, pese los referentes literarios y hasta el ejercicio metaficcional (escritores que escriben, personajes modélicos que brincan de libro en libro), consigue difuminarse la presencia del autor, para

beneficio del relato. Y es que, aunque al leer un libro de Fonseca sabemos perfectamente a quién estamos leyendo —por eso es que lo leemos— la frescura de sus historias atrapa y golpea: seduce. Su prosa cuenta con la fascinación de lo irrepetible y el encanto de lo conocido: porque resulta tan familiar como efectivo es que su estilo atrapa sin agotarse.

Los cuentos de *Axilas y otras historias indecorosas* cumplen con los patrones a los que nos tiene acostumbrados: desdentados, jodidos, gigolós, prostitutas, misántropos, escritores, policías y toda suerte de asesinos (en tres de los cuentos, por ejemplo, aparece el inspector Guedes, personaje neurálgico de la novela *Buffo & Spallanzani*); y aunque existe un evidente aire de familia, las anécdotas, a quien esto escribe, le siguen sorprendiendo por la imaginación, la crueldad y la capacidad de originar espasmos.

Uno de los cuentos relata la transformación de un hermoso bebé en un ser robusto y deformado. Otro, delirante, cuenta la historia de un misántropo que sólo halla sosiego extinguiendo a sus semejantes, ensañándose con las mujeres ignorantes y tatuadas que no conocen a Platón. Un personaje más, que poco a poco va descubriendo los placeres del sexo con violencia, descubre el orgasmo máximo al matar a su compañera, lo que lo pone en la disyuntiva logística de tener que deshacerse del cadáver. Otro perdulario, escritor que no publica y cohabita con una abogada

horrible, adinerada y triunfadora, decide deshacerse de la arpía inoculándole tétano, para no dejar rastros y entregarse a una vida licenciosa con su amante, que habrá de traicionarlo con su mejor amigo (“Michele era un genio, un genio del mal”). Destaca también un anciano que se rehúsa a envejecer, para lo cual recurre a la fuente de la eterna juventud: inhalar cocaína, sólo para mejor inyectársela. Y tampoco puede olvidarse la esposa del CEO de una empresa importante, de quien el personaje se encandilará por su belleza y porque al parecer le gusta leer poesía, hecho que habrá de verse negado por la prosaica realidad.

Fiel a su costumbre, los personajes de Fonseca, enfrentados a una realidad violenta y extraña que los sobrepasa pero no los aniquila, no parecen guiarse por ningún imperativo moral conocido, instaurando, en su iconoclastia, códigos de conducta que se agotan en sí mismos, estableciendo deontologías específicas y éticas insólitas colindantes con un cinismo criminal que dialoga perfectamente con la realidad: “tú no necesitas usar condón cuando coges con una puta, debes usar condón cuando te coges a una mujer casada, esas sí se contagian de las enfermedades de los maridos, que son bisexuales”; “un hombre apasionado es una especie de

loco. Es típicamente un sentimiento doloroso y patológico porque, invariablemente, el individuo pierde su individualidad, su identidad y su poder de raciocinio”.<sup>2</sup>

Las digresiones literarias, como es costumbre, son recurrentes, lo que le otorga a su prosa un carácter erudito y extravagante que acaso pueda desesperar a los desprevenidos, pero no a los que sabemos que su ficción siempre es un pretexto para esgrimir el ensayo: “espero perdonen mi tendencia a dar explicaciones sobre todos los asuntos, pero sucede que soy profesor, y tenemos ese vicio, de esclarecer, explicar, enseñar”.

No deja de ser interesante que, a una edad proveya, las inquietudes del autor sigan pasando por un tamiz carnal tan acusado, lo que demuestra, por enésima ocasión, que la fuente de la eterna juventud se encuentra en el ejercicio de la literatura:

La axila de una mujer tiene una belleza misteriosamente inefable que ninguna otra parte del cuerpo femenino posee. La axila, además de seductora, es poética. La concha pulsa, el culo es enigmático; son muy sugestivos, lo reconozco, dotados de

<sup>2</sup> “Por Michele me corto cualquier dedo, la mano entera, me corto todo, menos la verga”.





cierta autoridad... Durante mucho tiempo ellos fueron los tesoros del cuerpo femenino que más amé, los orificios. El de la concha, gruta que cuanto más estrecha, más gratificante era el placer que me proporcionaba; y el del culo, madriguera, huequito que se abría como una flor caleidoscópica para recibir mi pene... Eso era el tiempo en que todavía no había descubierto con la lengua la delicada textura del culo y la concha, que me dediqué a lamer con placer jubiloso. Como en el poema de Drummond “la lengua lame, lamelarga, lamelenta, la lengua labra cierto oculto botón, y va tejiendo ligeras variaciones de leves ritmos”.<sup>3</sup>

Muchas de sus frases sorprenden no sólo por la naturalidad sino por la contundencia de su reflexión, que muestran una sabiduría vital, extraída de las entrañas

<sup>3</sup> Traduzco el poema de Drummond de Andrade no sólo porque es uno de mis favoritos sino porque Fonseca, que cita de memoria, cambia el orden de algunos versos: “La lengua lame los pétalos rojos/de la rosa pluriabierta; la lengua labra/cierto botón oculto, y va tejiendo/ligeras variaciones de leves ritmos./Y lame, lamelarga, lamelenta,/la embriagante gruta cabelluda/y cuanto más ondulante, más activa/alcanza el cielo del cielo, entre gemidos,/entre gritos, balidos y rugidos/de leones en el bosque, enfurecidos”.

de la vida pero calibrada por la precisión que da el contacto con los libros: “la belleza del ser humano es una alegría que dura poco, su encanto y su valor no aumentan, desaparecen. Ella tenía razón, para una mujer linda como era ella a los 20 años, la vejez es peor que la muerte”; “su rostro estaba lleno de Botox. Me acordé del pesimista Cioran cuando dijo que la lucidez hace del individuo un ser incapacitado para amar”.

*José*, por su parte, es una suerte de autobiografía en tercera persona que desde el principio aborda el problema que supone el ejercicio de reconstrucción de la memoria: “al hablar de su infancia José tiene que recorrer su memoria y sabe que ella lo traiciona... Sin embargo le gustaría concluir, al final de estos recuerdos tumultuosos, que la memoria puede ser una aliada de la vida. Sabe que todo relato autobiográfico es un montón de mentiras —el autor miente para el lector, y miente para sí mismo. Pero aquí, si alguna cosa fue olvidada, él se esforzó para que nada fuera inventado”.

La novela, si es que tal término es correcto, es también la biografía de Río de Janeiro entre los años treinta y cuarenta del siglo pasado, mediante la remem-

branza de espacios y lugares que, como todo en esta vida, fueron arrasados en el tiempo. Pero es también un diario de lecturas y la construcción de otra ciudad, más grande y permanente: la que trenza y difumina memoria con literatura.

Las memorias son siempre géneros difíciles porque resulta difícil trabajar con materiales que tocan directamente la vida del autor, bordeando una delgada línea entre el valor sentimental y el literario: esa es una prueba de la que ningún autor, salvo acaso Jean-Paul Sartre con *Las palabras*, ha conseguido salir incólume.

En este libro, Fonseca cuenta la historia de sus parientes; hijo de acomodados padres lusitanos, es testigo de cómo su familia viene a menos y cae en la miseria, lo que lo obliga a trasladarse a Río para trabajar y lo pone en contacto con dos de sus más grandes pasiones, además de la lectura: las mujeres y la ciudad. “La mayor de todas las creaciones del ser humano es la ciudad. Es en el centro de las ciudades que el pasado puede ser sentido y el futuro, concebido”, dice en algún momento el narrador. Más adelante, como esos relámpagos que alumbran las nubes, los morros y las playas de la *cidade maravilhosa*, dirá lo que ha venido expresando a lo largo de toda su obra: “no había —y no hay— nada más agradable de ver que una bella mujer en movimiento”).

El libro es también una exploración de uno de los grandes imanes de la cultura brasileña y una de las pasiones del autor: el carnaval, ese instante del alma al que bellamente diseccionó en la estupenda novela *Vastas emociones y pensamientos imperfectos*. “Pero el desfile de las escuelas de samba no es el carnaval, ni siquiera la samba. Lo más importante es el fenómeno cultural que está por detrás, cultura entendida como un conjunto de creaciones y valores que caracterizan

una comunidad”. Con reflexiones que no rehúyen el tono didáctico, Fonseca consigue mostrar un fresco de sus recuerdos entrañables, hasta poco antes de sus 30 años, en que interrumpe abruptamente la narración, siguiendo un precepto de Isaac Bashevis Singer: “la historia verdadera de la vida de una persona jamás podrá ser escrita. Está más allá del poder de la literatura. La historia plena de cualquier vida sería al mismo tiempo aborrecible y absolutamente increíble”.

A diferencia de García Márquez con *Vivir para contarla*, el brasileño tuvo el decoro de escribir un libro corto.

Poco más puedo añadir. Recomiendo la lectura de ambos tomos y no dejo de preguntarme por qué la gente de Cal y Arena publicó primero *José* y no el libro de cuentos (definitivamente hacen las cosas distintas allí).

Es una gran alegría saber que Fonseca sigue trabajando, haciendo literatura chingona, sin aspavientos.

Todo lo que podemos pedirle, encarecidamente y con la mano en el pecho, es que *no te mueras nunca, Rubem.* ▲▲



Rubem Fonseca  
*Axilas e Outras Histórias Indecorosas*  
Nova Fronteira, 2011  
168 pp. / 210 pp.